

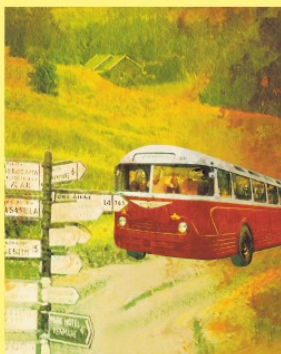
La Escalera

Lugar de lecturas



ARTO PAASILINNA

Delicioso suicidio en grupo



 **ANAGRAMA**
Panorama de narrativas

Visita al territorio de Paasilinna

Primera parte

En esta vida lo que más importa es la muerte,
y tampoco es que sea para tanto.

Proverbio popular

1

El enemigo más poderoso de los finlandeses es la oscuridad, la apatía sin fin. La melancolía flota sobre el desgraciado pueblo y durante miles de años lo ha mantenido bajo su yugo con tal fuerza, que el alma de este ha terminado por volverse tenebrosa y grave. Tal es el peso de la congoja, que muchos finlandeses ven la muerte como única salida a su angustia. Una mente taciturna es un enemigo aún más encarnizado y temible que la propia Unión Soviética.

Sin embargo, el finlandés es un pueblo de guerreros. Todo, menos rendirse. Una y otra vez se alza en rebelión contra el tirano.

La Noche de San Juan, la fiesta de la luz y la alegría que marca el solsticio de verano, es para los finlandeses una descomunal batalla en la que, de común acuerdo y uniendo sus fuerzas, intentan derrotar a la melancolía que los corroe. Todo el pueblo se pone en pie de guerra: no solo los hombres en condiciones de luchar, sino que también las mujeres, los niños y los ancianos se movilizan a los frentes. En las orillas de los mil lagos de Finlandia se encienden colosales hogueras paganas para exorcizar a las tinieblas. Banderas de guerra azules y blancas son izadas en sus astas. Cinco millones de guerreros finlandeses se alimentan antes de la lucha con salchichas grasientas y costillas de cerdo asadas a la parrilla. Vacían sin miramientos y de un trago sus copas de aguardiente para darse valor, y al son de los acordeones, marchan para medirse en combate con la depresión, a la cual aplastarán en una batalla campal que librarán sin tregua durante toda la noche.

En el fragor de las luchas cuerpo a cuerpo se produce el encuentro entre los sexos y miles de mujeres quedan en estado de gravidez. Hay hombres que mueren ahogados en lagos y bahías al atravesar las aguas en sus barcazas. Decenas de miles caen en las

alisedas, o quedan yaciendo entre las matas de ortiga. Son numerosas las hazañas heroicas, llenas de sacrificio y arrojo. La felicidad y el júbilo vencen, se ahuyenta a la tristeza y una vez al año el pueblo disfruta de la libertad al menos por una noche, cuando la tenebrosa tirana es aplastada por la fuerza.

Era el amanecer del día de San Juan a orillas del lago Humalajärvi^[1] en la región de Häme. Todavía se notaba un ligero olor a humo, testimonio de la batalla nocturna: el día anterior había sido la víspera de San Juan y se habían quemado hogueras en todas las orillas. Una golondrina sobrevolaba con el pico abierto la superficie del lago, cazando insectos. Todo estaba en calma y el sol brillaba, la gente dormía. Los pájaros eran los únicos a quienes les quedaban fuerzas para cantar.

Un hombre solitario estaba sentado en las escaleras de su chalé con un botellín de cerveza sin abrir en la mano. Se trataba de Onni^[2] Rellonen, un director gerente de empresa que tenía cerca de cincuenta años y una de las expresiones de tristeza más desoladoras de la región. Él no formaba parte de los vencedores de la batalla de la víspera. Se hallaba malherido y no había ningún hospital de campaña en el que su roto corazón pudiese recibir una cura de urgencia.

Rellonen era un hombre flaco de estatura media, más bien orejudo, y tenía una nariz larga cuya punta estaba siempre colorada. Llevaba puestos una camisa de verano de manga corta y unos pantalones de terciopelo.

Por su aspecto se notaba que en algún momento su alma había albergado una fuerza explosiva. Pero ya no. Se sentía cansado, vencido, golpeado por la vida. Las arrugas de su rostro y la escasez de cabello en la coronilla eran las conmovedoras cicatrices de una lucha contra la dureza y la brevedad de la existencia.

El director gerente padecía de acidez estomacal desde hacía décadas y en esos momentos los pliegues de sus intestinos

albergaban un catarro intestinal en ciernes. Tenía las articulaciones y la musculatura en condiciones, si no se tomaba en cuenta una ligera flaccidez. Por el contrario, su corazón estaba recubierto de grasa y latía con pesadez, siendo más una carga en aquel momento —como un grillete que lo encadenase a una bola— que un órgano que lo ayudase a mantenerse con vida. Solía temer que este se detuviese y se precipitase por su cuenta a la muerte, dejándolo paralizado y sediento de sangre. Sería el golpe de gracia para un amo que, aunque lo hubiese maltratado, siempre había confiado en él, incluso cuando no era más que un feto. Si su corazón se detuviese a tomar aliento, aunque solo fuese por espacio de cien latidos, sería el final de todo. Nada significarían los millones de latidos precedentes de Onni Rellonen. Así es la muerte. Miles de hombres finlandeses lo experimentan cada año, pero ninguno de ellos ha vuelto para contar qué se siente estando en el otro lado.

En primavera, Rellonen había empezado a pintar la deteriorada fachada de su casa, pero el trabajo había quedado a medias. El bote de pintura seguía junto a los cimientos de piedra de la casa, con el pincel endurecido sobre su tapa.

Onni Rellonen era un hombre de negocios que incluso a veces había sido llamado «director». Tras él se acumulaban años de actividad frenética, de fulgurantes éxitos iniciales de escalada en el mundo de la pequeña y mediana empresa, así como una tropa de subordinados, de contabilidad, dinero y actividades comerciales. Había sido contratista de obras y en los años sesenta incluso había tenido una pequeña empresa de chapa. Pero las malas coyunturas del mercado y la voracidad de los competidores habían llevado a la bancarrota a Aleros y Chapas Rellonen S. A., y aquello no era todo. También se sospechaba que tras la quiebra se ocultaba algún que otro delito monetario. En los últimos tiempos el director gerente había figurado como propietario de una lavandería de autoservicio. Tampoco esta le resultó productiva: todas las familias finlandesas tenían lavadora propia, y los que no la tenían tampoco se preocupaban mucho por lavarse la ropa. Ni los grandes hoteles, ni

los barcos que hacían las líneas de cruceros a Suecia querían darle trabajo a su empresa, y las grandes cadenas de la competencia le quitaban a Rellonen los encargos de delante de las narices. Las contratas de ese nivel se negociaban en los reservados de los restaurantes. La última quiebra había sido aquella misma primavera. Desde entonces padecía una depresión profunda.

Sus hijos eran ya adultos, su matrimonio estaba en estado de total abandono. Si Rellonen se ilusionaba y hacía planes para el futuro y le explicaba sus ideas a su mujer, esta ya no le apoyaba. Tampoco ella tenía fuerzas. Ya no.

—Mmm...

Eso era lo más que contestaba, dejándole desanimado. Ni estaba en contra, ni le apoyaba. Nada. Todo parecía perdido, toda su vida y en especial su vida en los negocios.

El director gerente llevaba desde el invierno dándole vueltas a la idea de suicidarse. No era la primera vez. Sus ganas de vivir ya se habían apagado con anterioridad en otras ocasiones, y la depresión convertía su sana agresividad en pensamientos de autodestrucción. Le hubiese gustado acabar con todo en primavera, cuando la quiebra de la lavandería, pero ni siquiera para ello tuvo fuerzas.

Era el día de San Juan. Su mujer estaba en la ciudad y le había dicho que se iba porque no le apetecía amargarse la fiesta quedándose en el campo junto a un hombre deprimido. Qué noche tan solitaria la de la víspera, sin hoguera, sin compañía y sin futuro. Eso no le había dado muchos ánimos, que se diga, al pobre hombre.

Onni Rellonen dejó el botellín en las escaleras y entró en su casa, rebuscó por los cajones de la cómoda del dormitorio hasta dar con su revólver, que cargó y se metió en un bolsillo de los pantalones de terciopelo.

«Qué se le va a hacer», pensó con tristeza pero con determinación.

Al cabo de tanto tiempo sentía por fin que estaba tomando una iniciativa, que hacía algo para cambiar de situación. ¡Había llegado

la hora de ponerle punto final a aquella inútil vida! ¡Un punto, y bien gordo, a su vida entera! ¡Un estampido que no dejase lugar a dudas!

El director gerente salió a pasear por el bucólico paisaje de Häme. Acompañado por el canto de los pájaros, echó a andar por el camino de gravilla que llevaba a los otros chalés, pasó de largo la casa de su vecino y atravesó los campos de cultivo, dejando atrás una era, un establo y una granja. Otro prado se extendía tras un pequeño tramo de bosque. Recordó que al borde de este había un pequeño pajar destartado. Era un lugar tranquilo donde podría pegarse un tiro a gusto, el ambiente adecuado para acabar con sus días.

¿Tendría que haber dejado una carta de despedida sobre la mesa de su casa? ¿Qué hubiera debido escribir, en ese caso? ¿Adiós, queridos hijos, intentad seguir adelante, vuestro padre ha tomado una decisión...? ¿Querida esposa, no me guardes rencor...?

Onni Rellonen intentó imaginar la reacción de su mujer cuando leyese la despedida. Tal vez comentase:

—Mmm...

El henar olía fuertemente a renuevo, el granjero había segado el pasto fresco el día anterior, con toda probabilidad. Los campesinos también trabajaban la víspera de San Juan, a causa de las vacas. Los abejorros zumbaban y las golondrinas piaban en el tejado del viejo pajar. Del lago llegaban los chillidos de las gaviotas. El director caminó hacia el pajar con el corazón helado. Se trataba de una vieja construcción gris que ya no servía para nada, como no fuera quitarse la vida. Se la encontró delante demasiado rápido, y sus últimos instantes se anunciaron antes de lo que pensaba.

Fue incapaz de entrar inmediatamente por el descomunal portón. Este le esperaba, abierto y negro como las mismísimas fauces del infierno, dispuesto a tragárselo. Comenzó sin querer, a alargar su vida, decidió rodear la construcción, como un animal herido que buscase el lugar apropiado para su último descanso. Echó una mirada al interior a través de las aberturas que había entre las

maderas podridas, y le pareció espantoso. Pero la decisión ya estaba tomada, había que dar la vuelta al pajar, entrar en él para echarse en los brazos de la muerte y dispararse un tiro. Un pequeño movimiento del gatillo: su último movimiento y el saldo quedaría a cero, el último y miserable saldo entre la vida y la muerte. Escalofriante.

Pero ¡había alguien en el pajar! Entre las maderas se veía algo gris y se oía una respiración trabajosa. ¿Un ciervo? ¿Una persona? El cansado corazón de Onni Rellonen dio un salto de felicidad. ¡Imposible matarse en un pajar donde hubiese un animal o un ser humano, en el mejor de los casos! ¿No? ¡No! Eso sería muy poco civilizado.

En el pajar había un hombre alto vestido con un uniforme militar gris, que se había encaramado a una pila de haces de heno y estaba atando una cuerda azul de nailon a una viga del techo. Y la cuerda estuvo pronto firmemente atada.

El hombre estaba de perfil a Rellonen el suicida, que le miraba a través de una ranura y observó que se trataba de un oficial, a juzgar por las bandas amarillas en los pantalones. Llevaba la guerrera abierta y en las chapas del cuello se apreciaban tres rosetones. Un coronel.

En un primer momento el director gerente no pudo entender qué hacía un coronel en aquel viejo pajar, la mañana de San Juan. ¿Para qué se habría puesto a atar una cuerda de nailon a la viga? Pronto se aclaró el motivo. El oficial empezó a hacer un nudo corredizo al otro extremo de la cuerda. Esta era resbaladiza —eso pasa con las cuerdas de nailon—, así que le estaba resultando difícil conseguirlo. Emitió un gruñido apagado, tal vez una maldición. Sus piernas se estremecían sobre la pila de haces de heno, se notaba en las perneras temblorosas de sus pantalones. Finalmente pudo hacer el nudo y metió la cabeza por él. La llevaba descubierta. Un militar que sale sin gorra no augura nada bueno. Dios Santo... iba a suicidarse... Pues sí que es pequeño el mundo, que Dios nos ayude, pensó Onni Rellonen. Mira que juntarse dos finlandeses al

mismo tiempo, en el mismo pajar y para cometer la misma barbaridad...

El director gerente corrió a la puerta del pajar y gritó:

—¡Deténgase, buen hombre! ¡Señor coronel!

El interpelado se llevó un susto de muerte. Se tambaleó y la cuerda que tenía al cuello se tensó, el hombre se meció un instante colgando, y hubiese acabado ahorcado si Rellonen no hubiera llegado a tiempo. Tomó al coronel en sus brazos, le aflojó la cuerda y le dio unas palmaditas en la espalda para tranquilizarlo. El rostro del oficial ahorcado estaba sudoroso y azul, ya que la cuerda le había estrangulado violentamente. Onni Rellonen la aflojó un poco más y acompañó al infeliz suicida a sentarse en el umbral del pajar. El hombre respiraba afanosamente, sujetándose el cuello, que le había quedado marcado con un surco rojo; la muerte había estado cerca.

Estuvieron sentados por espacio de un minuto, sin hablar. Entonces el coronel se puso en pie, tendió su mano y se presentó:

—Kemppainen, coronel Hermanni Kemppainen.

—Onni Rellonen, me alegro de conocerle.

El coronel dijo que él al menos no estaba para muchas alegrías. Las cosas estaban más bien de capa caída. Esperaba que su salvador no le contase a nadie lo sucedido.

—No se preocupe por eso. Además, son cosas que pasan —le dijo Rellonen—. Precisamente yo venía a lo mismo, —añadió, y sacó el revólver. El coronel contempló largo rato el arma cargada, hasta que comprendió. No estaba solo en el mundo.

2

La pura casualidad había salvado la vida de dos hombres hechos y derechos. Cuando un suicidio fracasa, no es necesariamente lo más trágico del mundo. El ser humano no consigue todo lo que se propone.

Tanto Onni Rellonen como Hermanni Kemppainen habían decidido casualmente acabar con sus días en el mismo pajar y se habían metido allí casi al mismo tiempo. Aquello dio lugar a una confusión, que fue la que evitó la tragedia. Tenían que renunciar a sus intenciones, y lo hicieron de mutuo acuerdo. Encendieron un par de cigarrillos y dieron las primeras caladas del resto de su vida, tras lo cual Rellonen propuso que fuesen a su casa, ya que parecía que por el momento no había nada más que hacer.

Por propia iniciativa, le contó al coronel cuáles eran las circunstancias vitales que le habían llevado a tomar su terrible decisión. El oficial le escuchó compasivo y luego le explicó su propia situación, que tampoco era como para dar saltos de alegría.

Kemppainen había estado destinado como jefe de brigada en el este de Finlandia, pero ya llevaba un año en cuarentena a disposición del estado mayor como asistente del inspector general de infantería. No tenía ni trabajo, ni brigada. En la opinión general era un oficial incompetente, sin ninguna utilidad. Era como un diplomático que regresa a casa conservando rango y paga, pero nada más.

Pero un soldado no se deja deprimir por tal discriminación hasta el punto de ahorcarse. El problema iba más allá: su esposa había muerto de cáncer aquel invierno y el hecho le había dejado tan trastornado, que aún no podía creer que fuese verdad. Ya nada funcionaba. El hogar era un desierto, no tenía hijos, ni siquiera un perro. La soledad era tan desgarradora, que no tenía fuerzas ni para

pensar en ello. Lo peor eran las noches, no había podido dormir en condiciones desde hacía meses. Tampoco el aguardiente ayudaba, no iba a resucitar a su esposa a fuerza de beber. Su amada esposa..., el coronel no se había dado cuenta hasta después de que esta muriese.

La vida había perdido su sentido. Y si al menos le quedase la esperanza de una guerra, o un levantamiento... pero la situación mundial iba últimamente por derroteros cada vez más pacíficos. Algo bueno en sí, pero para un militar de carrera eso era sinónimo de desempleo. Y tampoco la juventud actual tenía agallas para levantarse en contra del orden imperante. Para los jóvenes finlandeses, participar en la lucha social consistía en llenar de pintadas obscenas las paredes de las estaciones de ferrocarril. Para dirigir o sofocar una rebelión como aquella no hacían falta coroneles.

Este mundo no necesitaba a los oficiales que, como él, habían salido escupidos de la espiral del escalafón. En los últimos años se había perdido el respeto por los militares. A los objetores de conciencia se los mimaba, mientras que a los soldados que habían pasado por la dura y vieja escuela se los denostaba públicamente. Si se obligaba a reptar por el suelo a algún recluta arrogante, inmediatamente había que hacer frente a todo tipo de acusaciones por torturas físicas y mentales. Y qué ironía, sin embargo: en una guerra, al soldado que no estuviese dispuesto a reptar, el enemigo lo mataba y acababa yendo a parar a la fosa común en unas parihuelas. Solo que esto no les entraba en la cabeza a los fanáticos defensores de los derechos humanos.

El coronel Kemppainen dijo que la profesión de oficial era frustrante. Los soldados se entrenaban para la guerra durante toda su vida participando en maniobras, en ejercicios de combate, practicando tiro. Estudiaban el arte de matar y lo perfeccionaban, hasta llegar a convertirse en asesinos cada vez más peligrosos.

—Si me comparasen con un científico que se dedicase a la investigación, yo sería como mínimo doctor en Ciencias del

Homicidio. Sin embargo son habilidades que nunca se ponen en práctica, con eso de que vivimos tiempos de paz total. Mi situación podría compararse a la de un artista que se hubiese pasado toda su vida estudiando para ser pintor, intentando hacerlo cada vez mejor, trabajando un boceto tras otro, convirtiéndose en uno de los mejores en su campo, pero sin conseguir jamás exponer uno solo de sus trabajos. Un oficial es como un artista de élite al cual se le niega el derecho a hacer su propia exposición.

El coronel Kemppainen le contó que la víspera había salido de Helsinki en su coche en dirección a Jyväskylä, su ciudad natal, para pasar las fiestas de San Juan, pero se había sentido tan deprimido, que había terminado por tomar la carretera de desvío a Häme. Encontró el viejo pajar, donde había pasado toda la noche acostado junto a la pila de haces de heno, aturdido. Del lago llegaba el vocerío de los que festejaban. Se había aproximado de madrugada a la orilla más cercana, había desatado un trozo de cuerda del embarcadero de una de las cabañas y, embotado, había regresado al viejo pajar.

En el camino de vuelta notó de repente un extraño chasquido en la sien derecha, como si se le hubiese reventado una vena. La sensación había sido increíblemente liberadora. Así que, al fin y al cabo, todo iba a terminar felizmente, iba a morir en medio de aquel paisaje estival y encima de una muerte natural y digna. Un derrame cerebral era algo bastante apropiado como causa de defunción, incluso para un coronel, sobre todo en tiempos de paz. El oficial sintió un mareo, como era de esperar, y se dejó caer a cuatro patas en el prado, deseando que los estertores de la muerte le llegasen pronto.

Pero al frotarse la sien, notó que la vena le había manchado la piel al reventársele. Echó un vistazo a su mano. Coño, aquello no era sangre, sino una plasta blancuzca y apestosa. Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo suyo no había sido una embolia: la culpable había sido una gaviota que en aquel momento planeaba por encima de su cabeza.

Kemppainen se puso en pie, decepcionado y ofendido, Se lavó la cara en un charco que se había formado en una zanja y se retiró taciturno al pajar. Tras descansar un rato, trepó a gatas a lo alto de la pila de haces de paja, dispuesto a ahorcarse. Tampoco aquella tarea dio fruto, ya que Rellonen atinó a presentarse en medio de la fiesta.

Los hombres estaban de acuerdo en que, al menos por ese día, le habían perdido el gusto al suicidio. Sus ansias de morir se habían serenado. Quitarse la vida es algo tan personal, que exige una tranquilidad absoluta. Era cierto que algunos extranjeros se quemaban a lo bonzo en lugares públicos para hacer patente alguna protesta y por razones políticas o religiosas, pero un finlandés no requería de público para suicidarse. Ambos pensaban lo mismo.

Llegaron al chalé de Onni Rellonen conversando animadamente. Se había dejado la puerta abierta. A veces uno se va de casa presa de sentimientos tan violentos, que es capaz hasta de dejar sus posesiones expuestas a los ladrones.

El anfitrión le sirvió a su invitado un par de bocadillos y cerveza, y le propuso calentar la sauna. El coronel le ayudó yendo a buscar unos cubos de agua al lago, mientras que él se ocupaba de la leña.

A mediodía la sauna estuvo a punto. Ya dentro, se azotaron sin piedad con ramas de abedul, como si hubiese una razón especial e inexplicable para ello. Tenían que sacudirse de la espalda su vida anterior, azotarse para ahuyentarla lo más lejos posible. Purificaron sus cuerpos, pero ¿qué iba a ser de sus almas?

—En toda mi vida había estado en una sauna tan extraordinaria como esta —alabó el coronel.

Continuaron conversando en el porche. Decidieron tutearse. Se contaron cosas que ninguno de los dos le había revelado antes a ningún mortal. Un intento de suicidio es algo que puede unir a los seres humanos, en eso estaban de acuerdo. Descubrieron el uno en el otro innumerables y excelentes cualidades que nunca habían sabido que poseían. Tenían la impresión de haber sido amigos

desde siempre. De vez en cuando se zambullían en el lago y eso les refrescaba haciéndoles sentir que estar vivos era un milagro.

Visto desde el agua, nadando con un compañero de infortunio bajo el sol del día de San Juan, el mundo empezó a parecerles un lugar aceptable. ¿Qué prisa había por marcharse?

Más tarde, ya por la noche, se tomaron unos lingotazos de coñac frente a la chimenea. El coronel había ido a buscar la botella a su coche, al otro lado del prado. El coche había arrancado como si su dueño nunca lo hubiese abandonado allí para matarse.

El oficial levantó su copa y declaró:

—Onni, después de todo ha estado muy bien que aparecieras por casualidad en ese prado, en medio de... todo.

—Pues sí..., estamos vivos. Si hubiese llegado tarde, o hubiese ido a parar a otro prado, ahora mismo estaríamos ambos tiesos. Tú colgando de una viga y yo con la cabeza hecha papilla.

El coronel miró la cabeza de Rellonen.

—Hubieses sido un cadáver bastante feo —dijo pensativo.

En opinión de Rellonen, la visión de un coronel de tamaño constitución colgando de una viga tampoco hubiera sido demasiado atractiva.

Para Kemppainen, lo sucedido había sido fruto de una casualidad impresionante y pensado en términos matemáticos, era algo tan excepcional como si les hubiese tocado el premio gordo de la lotería. Se pusieron a cavilar cómo había sido posible, para empezar, que dos hombres se las apañaran para ir al mismo pajar a matarse y que, encima, hubiesen atinado a hacerlo en el mismo momento. Si se les hubiera ocurrido ir a suicidarse a Ostrobothnia, otro gallo les hubiese cantado, porque allí había llanuras enteras de sembrados donde se perdía la vista y, además, cientos, miles de pajares, los suficientes para que hasta cien hombres se ahorcasen o se pegasen un tiro sin molestarse unos a otros.

También les preocupaba qué empujaba a las personas a acabar con sus días lejos de su propia casa. ¿Y por qué, a pesar de todo, buscaban un lugar protegido como aquel viejo pajar? ¿Estaba el

inconsciente del hombre tan estructurado que ni en los momentos de desesperación quería ensuciar su propia casa? La verdad es que la muerte no es un suceso muy hermoso ni limpio, que se diga. Había que encontrar un lugar protegido para que el cuerpo, por más feo que fuera, no acabase expuesto al azote de la lluvia, ni a las cagadas de los pájaros.

El coronel se frotó la sien, pensativo.

Miró a su camarada directamente a los ojos y le dijo que aplazaba su suicidio, por lo menos hasta el día siguiente. Quién sabía, de todos modos tal vez acabase con sus días a la semana siguiente o, en el mejor de los casos, en otoño. ¿Y qué pensaba Onni? ¿Aún le daba vueltas al asunto con tanta seriedad como por la mañana? El director gerente Rellonen había llegado a la misma conclusión. Ya que el proyecto se había visto aplazado por un capricho de la casualidad, seguro que aún lo podían aplazar algo más por sus propios medios. La peor fase de la depresión había pasado, así que había tiempo para sopesar las cosas.

—He estado pensando durante todo el día y, bueno, a lo mejor tú y yo podíamos hacer algo juntos —sugirió Onni con tiento.

Kemppainen reconoció conmovido que aquel sí era un buen amigo, un hombre honesto en quien se podía confiar. La víspera estaba solo, pero ya no.

—No se puede decir que le haya pillado gusto a la vida de repente..., para nada, no se trata de eso. Pero sí que podríamos hacer algo. Vaya, que estamos vivos.

Onni, más que animado, se mostró entusiasta. Se puso a hablar con rapidez, eufórico. ¿No podían intentar algo así como un nuevo comienzo, una nueva vida? ¿Dejar todo lo anterior y hacer algo que les hiciese sentir que vivir valía la pena?

El coronel se declaró dispuesto a pensárselo. De ahí en adelante su vida sería en cierto modo gratis, un regalo, una prórroga. Algo que podían gastar como les viniese en gana. ¡Qué gran idea!

Los dos camaradas se pusieron a filosofar. En realidad, las personas siempre estaban viviendo el primer día del resto de sus

vidas, aunque no se les ocurriese nunca pensarlo en medio de tanto trajín. Solo aquellos que habían estado a las puertas de la muerte se daban cuenta de lo que en la práctica significaba comenzar de nuevo.

—Ante nosotros se abre un horizonte de infinitas posibilidades — declaró el coronel.

3

El coronel Hermanni Kemppainen se quedó a veranear en el chalé del director gerente Onni Rellonen. Ambos tenían mucho de que hablar. Pasaron revista a los acontecimientos de sus vidas, analizándolos en profundidad. Fue una terapia que originó una amistad como nunca antes habían experimentado. De vez en cuando iban a la sauna y a pescar. El coronel remaba y el director gerente se encargaba del cebo. Consiguieron tres lucios que hicieron al horno.

Después de la comida practicaban el tiro al blanco con el revólver de Rellonen, ejercicio en el cual el coronel era particularmente diestro. Se tomaban algún botellín que otro de cerveza. Un día, a Onni se le ocurrió buscar un viejo despertador en su casa. Se lo colocó sobre la cabeza y le dijo a Kemppainen que tratara de hacerlo añicos de un tiro. El coronel vaciló, la bala podía atinarle entre los ojos.

—No importa, Hermanni. Vamos, dispara.

El destartado reloj se rompió y Onni no murió. El juego divirtió a los dos hombres de una manera extraña y morbosa.

Un día, mientras estaban sentados frente al fuego de la chimenea, a Onni se le ocurrió que tal vez estaría bien llamar a filas a otros compañeros de fatigas. Según creía recordar, en Finlandia se cometían cada año mil quinientos suicidios, y la cantidad de personas que planeaban acabar con sus días, hombres en su mayoría, era diez veces superior. Dijo que había leído las estadísticas en algún periódico. Entre asesinatos y homicidios apenas se llegaba al centenar de muertos.

—Dos batallones de hombres se matan cada año y toda una brigada lo está planeando —calculó el coronel—. ¿De verdad somos tantos? Un buen ejército.

Rellonen siguió adelante con sus pensamientos:

—Me pregunto qué pasaría si se juntara a todo ese grupo, me refiero a todos los que pensamos en suicidarnos. Podríamos hablar de nuestros intereses y cambiar impresiones. Estoy convencido de que muchos aplazarían su suicidio si pudiesen compartir libremente sus penas con algún otro interesado en el tema. Como nosotros hemos hecho estos días. Hemos hablado de la mañana a la noche, y vaya si nos hemos desahogado.

El coronel dudaba de que ese tipo de conversaciones fuesen placenteras para nadie. Si se juntara un grupo de suicidas en potencia, acabarían surgiendo temas bastante escabrosos. No iba a tratarse de una reunión alegre ni liberadora. Y en qué ayudaría. La gente tal vez se deprimiría aún más.

Pero el director no se rindió. En su opinión, el hecho de reunirse tendría con seguridad un efecto terapéutico. El hombre se siente impelido a vivir cuando se entera de que también a los demás les van mal las cosas, de que no es el único pobre diablo que existe en el mundo.

—Eso es justamente lo que nos ha pasado a nosotros. Si no nos hubiésemos encontrado, a estas horas seríamos dos fiambres. ¿No te parece, Hermanni?

El coronel tuvo que admitir que en su caso la casualidad del destino había resultado de ayuda, al menos por un tiempo. A pesar de todo, pensaba que acabaría por ahorcarse. Sus problemas no habían desaparecido durante aquellos días, simplemente se habían visto aplazados. Además, la amistad de Rellonen no podía sustituir al cariño de su esposa, ni disipar sus demás problemas.

—Hay que ver... tienes un carácter de lo más fúnebre, Hermanni.

El coronel admitió que los soldados eran tristes, en general, además de tener una marcada tendencia a pensar en el suicidio. Calculó que en una semana él mismo estaría colgando de una viga, en cuanto sus caminos se separasen.

Rellonen opinaba que valía la pena que se lo pensase. Podían convocar a un grupo de gente con tendencias autodestructivas, y tal vez este resultase más numeroso de lo que pensaban. Juntos intentarían buscar las soluciones a sus problemas, y, en caso de no encontrarlas, nadie saldría perdiendo. Se le ocurrió que en grupo se podrían desarrollar métodos mejores que los ya existentes para suicidarse y perfeccionar diferentes estilos. Sería más fácil buscar juntos maneras más aiosas de acabar con uno mismo. ¿Acaso la muerte no puede ser indolora, elegante y respetuosa con la dignidad humana y —por qué no— incluso gloriosa y bella? ¿Está el ser humano obligado a conformarse con los métodos tradicionales? Al fin y al cabo, colgarse de una soga es de lo más primitivo. La rotura de las vértebras del cuello causa un estiramiento forzado de la tráquea de hasta medio metro, la cara se vuelve azul, la lengua se sale de la boca... un cadáver así no deberían verlo ni los más allegados.

El coronel se acarició el cuello. El surco producido por la cuerda de nailon se le había puesto llamativamente oscuro en un par de días, dando la sensación de que se trataba de una excrecencia inoportuna.

—Tal vez estés en lo cierto —admitió subiéndose el cuello de la guerrera.

Rellonen se animó:

—¡Imagínate, Hermann! Con un grupo numeroso podríamos tener nuestro propio terapeuta y pasar nuestros últimos días disfrutando de la vida. Siempre es más agradable pasar el tiempo en compañía que solo. Podríamos fotocopiar las cartas de despedida para los allegados, contratar a un abogado entre todos para que se ocupase de las últimas voluntades y testamentos: eso significaría un ahorro... tal vez hasta conseguiríamos descuento en las tarifas de las esquelas, si fuésemos los suficientes. Tendríamos la posibilidad de vivir sin estrecheces, porque seguramente vendría a parar al grupo alguna persona de recursos, actualmente los ricos se suicidan más de lo que se cree... Y sería fácil atraer a las mujeres, sé que en

Finlandia hay muchas aspirantes a suicida, y no todas tienen mal aspecto. Al contrario, la tristeza les da a las mujeres deprimidas un atractivo particular...

El coronel Kemppainen empezó a madurar el asunto en su cabeza. Veía las ventajas de la racionalización que un grupo numeroso de suicidas haría posible. Se podrían evitar los diletantismos, que convertían en chapuza un hecho tan importante. Si lo meditaba desde el punto de vista de un oficial del ejército, le venían a la mente las ventajas que una gran tropa traería consigo. Ni siquiera el mejor soldado era capaz de ganar solo una batalla, pero cuando se reunía una tropa compacta con un objetivo único, se obtenían resultados altamente satisfactorios. La historia bélica rebosaba de ejemplos sobre la eficacia de las acciones en grupo.

Rellonen estaba entusiasmado:

—Y tú, como coronel, sabrías organizar un suicidio colectivo de finlandeses de manera profesional, llevándolo a la mejor conclusión posible. Por tu profesión debes tener madera de líder. Pongamos que tomas bajo tu mando a mil suicidas finlandeses. Primero intentaríamos hacer entrar en razón a los pobres diablos, pero si eso no ayudase, entonces tú organizarías a la tropa para llevarla dignamente a la muerte.

El director gerente empezó a imaginarse al coronel Kemppainen con su ejército, rumbo a la muerte. Utilizando un ejemplo bíblico, lo comparó con Moisés, que supo llevar a su pueblo hasta la Tierra Prometida. ¡Sería una peregrinación espectacular! ¡En lugar de la Tierra Prometida, la meta sería la muerte, el suicidio en masa, un punto final que dejaría pasmado a todo bicho viviente! Rellonen se imaginaba al coronel conduciendo a su tropa para cruzar el mar Rojo, como hiciera Moisés con el pueblo de Israel, y añadió que por su parte, él se conformaba con el papel de Aarón.

El coronel empezó a hacer planes:

—Un suicidio en masa se puede hacer pasar incluso por una catástrofe a mediana escala..., un tren se sale de la vía y... ¡cien muertos!

En opinión del director gerente un accidente de tan tremendas dimensiones sería un ejemplo estupendo de cooperación que demostraría que los finlandeses no solo eran capaces de ahorcarse chapucestamente en algún pajar putrefacto, sino que cuando se ponían a ello, también sabían provocar la destrucción sin medida, la sublime y trágica desgracia. Al fin y al cabo, la muerte no era un hecho cotidiano, sino el angustioso punto final de la vida, y por eso era mejor que estuviese dotada de una tenebrosa majestuosidad.

El coronel se acordó de un suicidio en masa acaecido en Latinoamérica hacía una decena de años. Rellonen también recordaba el caso, que había despertado la compasión y la repulsa del mundo entero. Cierta predicador norteamericano, un charlatán, había agrupado a su alrededor a cientos de fieles chalados que, encima, le habían hecho donación de todas sus posesiones. Con sus seguidores y el dinero de estos, el predicador había fundado una especie de colonia religiosa en Latinoamérica. Cuando a las autoridades les llegó el rumor de la existencia de aquel movimiento de enfermos, el jefe de la secta decidió suicidarse, pero no solo, sino arrastrando también a la muerte a todos sus seguidores. En aquel suicidio colectivo participaron cientos de iluminados. El resultado fue nauseabundo: los cadáveres en estado de putrefacción se hincharon por efecto del calor tropical y toda la zona hervía de moscas carroñeras... repugnante.

Kemppainen y Rellonen no se sentían atraídos por semejantes masacres. El logro había sido notable en términos cuantitativos, pero cualitativamente hablando, la forma de morir había sido indigna y el resultado absolutamente asqueroso.

Ambos coincidían en que a nadie se le podía aconsejar la muerte, pero que si alguien quería suicidarse de *motu proprio*, el acto debía llevarse a cabo con elegancia.

Fue en ese momento de la conversación cuando el director gerente llamó a Helsinki, al Teléfono de la Esperanza de la Iglesia luterana. Una agradable voz de mujer le animó con dulzura a que le

contase todas sus cuitas, de modo confidencial, naturalmente. Rellonen le preguntó si aquella noche andaba el teléfono calentito.

—Me refiero a que si han tenido ustedes muchas llamadas de gente con intenciones de suicidarse.

La devota terapeuta contestó que no estaba autorizada a dar ninguna información sobre conversaciones confidenciales. La pregunta le pareció fuera de lugar y amenazó con colgar.

El coronel Kemppainen se puso al teléfono. Se presentó y le refirió brevemente a la funcionaria el casual encuentro en el pajar de Häme sucedido dos días antes, sin esconderle sus intenciones, así como las de su amigo, de suicidarse en aquel momento. Luego le explicó la idea que habían tenido sobre la constitución de un grupo terapéutico al que serían llamados todos aquellos finlandeses que se encontrasen en sus mismas circunstancias. Por eso necesitaban saber dónde se podían conseguir las direcciones, o los números de teléfono, de los aspirantes a suicida.

La terapeuta del Teléfono de la Esperanza se mostró suspicaz. Opinaba que no era el momento indicado para ponerse a hacer debates en grupo sobre el suicidio. Bastante trabajo tenía ya ella con cada caso individual. Esa noche ya habían llamado seis para darle la misma murga. Si los señores estaban interesados en el tema, podían llamar a cualquier hospital para pacientes mentales donde tal vez les supiesen orientar mejor.

—El Teléfono de la Esperanza no proporciona listas con los datos de los suicidas que llaman; es indispensable que nuestra actividad sea absolutamente confidencial.

—Pues sí que nos ha ayudado la tía —gruñó el coronel, y acto seguido llamó al hospital para enfermos mentales de Nikkilä. Expuso su caso, pero el personal se mostró igualmente cerril. El médico de guardia reconoció que la institución también se ocupaba de pacientes con tendencias autodestructivas, pero se negó a revelar sus nombres. Además, los enfermos se encontraban ya bajo tratamiento, recibían su medicación y tanta terapia como fuese necesario... en opinión de muchos de ellos hasta demasiada. El

hospital de Nikkilä no estaba necesitado de la ayuda de legos en lo que se refería a los problemas de salud mental. El médico no confiaba demasiado en la capacidad de un coronel al servicio de las fuerzas armadas para evitar los suicidios. En su opinión, la formación militar, así como las maniobras, apuntaban más bien en otra dirección.

Kemppainen se irritó e informó al médico de guardia de que, en su opinión, estaba igual de chalado que sus pacientes y le colgó de golpe.

—Vamos a tener que poner un anuncio en el periódico —fue la respuesta de Onni.

4

Rellonen y el coronel redactaron un anuncio con objeto de publicarlo en un diario nacional. En resumen, decía así:

¿ESTÁS PENSANDO EN SUICIDARTE?

No te precipites: no estás solo.

Somos muchos los que pensamos igual que tú, e incluso lo hemos intentado. Escribenos exponiendo brevemente tu situación, tal vez podamos ayudarte.

Incluye en la carta tu nombre y dirección y nos pondremos en contacto contigo. Los datos serán confidenciales y no serán facilitados a personas ajenas bajo ningún concepto. Abstenerse aventureros y cachondos. Enviar respuestas a la Lista de Correos de la Oficina Central de Helsinki, con la indicación «Intentémoslo juntos».

El coronel dijo que la alusión a los aventureros no era necesaria, pero a Rellonen le pareció indispensable incluirla. En su juventud había tenido malas experiencias a raíz de algunos anuncios que había puesto en la sección de contactos, a los que habían contestado muchas mujeres de espíritu aventurero, aunque él entonces solo andaba en busca de amistad sincera y equilibrada.

Al coronel le parecía que no había por qué poner aquel mensaje en la sección de contactos del periódico. Los anuncios que allí aparecían le parecían auténticas chorradas, un vertedero para gente hambrienta de erotismo y sensiblería. Suicidarse era una cosa seria. Sugirió que publicasen el anuncio en la sección de necrológicas. Consideraba que los que pensaban en su propia muerte debían de leer por gusto las esquelas, y por tanto era más probable que el mensaje alcanzara su objetivo. Rellonen prometió hacer llegar el anuncio a la oficina del periódico.

El coronel se quedó en el chalé mientras él iba a Helsinki en su coche para ocuparse de la gestión. Acordaron que aprovecharía el viaje para cargar más víveres y demás cosas necesarias. Kemppainen dijo que entretanto notificaría al estado mayor su

intención de tomarse unas vacaciones de verano. ¿Le parecía bien si pasaba al menos el principio de estas en su chalé? Su apartamento de Jyväskylä estaba vacío, así que no tenía nada que hacer en él.

—¡Por supuesto! Pasaremos juntos todo el verano si es necesario, aquí, en el lago Humalajärvi.

Cuando llevó el anuncio a la redacción del periódico, Rellonen se encontró con que tenía que abonarlo al contado. El empleado leyó el texto y llegó a la conclusión de que no podía dejarlo pendiente de cobro, porque, en su opinión, era bastante dudoso que más tarde nadie se hiciese responsable. Era de suponer que la deuda recaería en los herederos y nada garantizaba que estuvieran dispuestos a pagarla.

Rellonen fue a casa a buscar sábanas. Su mujer le preguntó cómo habían ido las fiestas. Él le dijo que la víspera y la mañana de San Juan habían sido deprimentes, pero que luego se había tropezado por casualidad en un viejo pajar con un tipo de Jyväskylä, un hombre como Dios manda. Incluso le había pedido a su nuevo amigo que se quedase en el chalé.

—Pues no contéis conmigo para limpiar —informó su mujer.

—Es un tal Kemppainen.

—Mmm, no tengo por qué conocer a todos los Kemppainen de Finlandia.

Rellonen le preguntó si los oficiales del juzgado habían merodeado por allí en su ausencia. Su esposa le contó que uno había llamado por teléfono dos o tres días antes de San Juan. El oficial había amenazado con poner bajo orden de embargo su chalé de Humalajärvi hasta que concluyesen las pesquisas sobre la quiebra de la primavera anterior.

La visita deprimió al director gerente, así que volvió de buena gana a su casa junto al lago. Por el camino empezó a sentir miedo: ¿y si mientras tanto el coronel Kemppainen se hubiese colgado? ¿Qué sería de él entonces? Seguro que no le quedaría otro remedio que pegarse un tiro en la cabeza, sin más historias.

Mientras caminaba por el crujiente sendero de grava hacia la playa, Rellonen percibió los olores exuberantes del verano, oyó el incesante trinar de los pájaros y cuando llegó al jardín de la casa vio al coronel Kemppainen, que salía de la leñera con una brazada de leña para la sauna. Al verlo, el director gerente exclamó aliviado:

—¡Hola, Hermann! ¿Vivitos y coleando?

—Pues ya ves..., me he entretenido en pintarte la fachada para matar el tiempo..., es que me dio la impresión de que te habías quedado a medias.

Rellonen admitió que aquel verano no había estado para pinturas. El coronel lo comprendió.

Los dos hombres se dedicaron durante una semana a la vida bucólica, en espera de que el anuncio del periódico diese su cosecha. Llevaban una existencia tranquila y agradable. Disfrutaban del verano, conversaban sobre problemas existenciales y observaban la naturaleza. A veces tomaban un poco de vino, se sentaban en el embarcadero con sus cañas de pescar y se quedaban contemplando el lago Humalajärvi. Al coronel Kemppainen le extrañaba la derrochadora manera de consumir alcohol de Rellonen: una vez bebidos dos tercios de la botella, le volvía a poner el corcho celosamente y, si daba la casualidad de que el viento soplaba desde la orilla, tiraba la botella al lago. Esta flotaba de costado hasta alcanzar, antes o después, la orilla opuesta. Se trataba de un viaje de varios kilómetros y ni siquiera el remitente del alcohólico mensaje podía saber con seguridad adónde arribaría.

—Casi todos los dueños de las casas de por aquí hacen lo mismo. Se ha convertido en una costumbre, dejar un tercio del contenido de la botella y luego ponerla en circulación —le explicó el director.

El coronel seguía sin entender el porqué de semejante derroche. ¿A qué venía tirar botellas al agua, con lo caro que estaba el alcohol en Finlandia?

Rellonen dijo que se trataba de una vieja forma de comunicación que a todos les gustaba. Alguien había empezado, tal vez de forma

accidental, unos años antes. La primera botella con su carga ética llegó flotando hasta su embarcadero siete años atrás: coñac Charante de excelente calidad. Había aparecido oportunamente una mañana de agosto para ayudarle a aliviar las molestias de una resaca. En cuanto abrieron las licorerías Onni saldó su deuda con el lago. De vez en cuando —cada vez más a menudo en los últimos años— llegaban botellas a su orilla. La costumbre se había extendido poco a poco a todo el lago, pero era algo de lo que no se hablaba. Era el secreto mudo de los veraneantes del lugar.

—El verano pasado repesqué tres botellas de jerez y, todavía un poco antes de que el lago se congelase, una de vodka y otra de aguardiente de cebada. Estaban tan llenas que apenas si podían mantenerse a flote. Es la clase de cosas que a uno le calientan el corazón. Te pones a pensar que, en algún lugar, en otra orilla, existe un alma gemela, un amigo generoso con el coñac, o tal vez un borrachín aficionado al vodka, que se acuerda de sus desconocidos prójimos del otro lado de las aguas.

Estando en la sauna una tarde, el coronel se quedó contemplando el cuerpo lleno de cicatrices de su amigo y le confesó que hacía ya tiempo que aquello le intrigaba. ¿Se trataba de heridas de guerra? ¿De dónde procedían aquellas marcas como de zarpazos?

Rellonen contestó que era demasiado joven para haber ido a la guerra, porque solo tenía un año cuando estalló. Pero menuda guerra era también la vida en Finlandia en tiempos de paz..., tres veces había ido a la quiebra. De ahí venía lo de las cicatrices.

—A ti te puedo confesar que me deprimía tanto tras cada quiebra, que decidía suicidarme. El intento del día de San Juan no fue el primero. Y tal vez no sea el último, quién sabe...

Antes ya lo había intentado tres veces. En los años sesenta, cuando se arruinó por primera vez, decidió dinamitarse por los aires. En aquella época tenía una empresa de excavaciones. La última contrata había sido en Lohja. No andaba precisamente falto de explosivos, pero sí de destreza en su manejo. Rellonen se encerró

en su caseta de la obra llevando consigo un montón de cartuchos de dinamita, a los cuales había conectado sendos detonadores y mechas. Se había metido los cartuchos en los pantalones.

De esta guisa, el suicida se acomodó en su silla de la oficina y prendió ambas mechas. De paso, se encendió también su último cigarrillo.

La explosión no salió del todo bien. Al arder, las mechas le hicieron grandes y humeantes agujeros en los calzoncillos y, acto seguido, sufrió quemaduras en las piernas. Incapaz de soportar el calor de las mechas al rojo vivo, salió aullando despavorido de la caseta. La carga de dinamita se le había ido escurriendo hacia abajo por la pernera del pantalón, soltándose de los detonadores, uno de los cuales había estallado, hiriéndole de mala manera el trasero y los costados. Quedó con vida, pero las heridas fueron considerables. El otro detonador explotó con su correspondiente carga en la caseta, y la hizo volar a más de setenta metros del lugar, en mil pedazos.

Tras la siguiente bancarrota, en el año 1974, Rellonen intentó matarse con una escopeta de caza fijándola al tronco de un árbol en la finca de su suegro, en el lago Sonkajärvi. Se trataba de una trampa que debía dispararse al paso de la pieza, o sea, él. Pero como estaba completamente borracho en el momento de los preparativos, el disparo casi falló.

Se dio la vuelta sobre las tablas de la sauna para enseñarle al coronel la espalda llena de cicatrices, huellas del fatal disparo. Uno de los perdigones le llegó hasta la pleura, pero desgraciadamente salió ileso de su propia trampa.

La penúltima vez decidió abrirse las venas. Sin embargo, solo consiguió cortarse las del brazo izquierdo, justo antes de desmayarse al ver su propia sangre. También esa vez le había quedado de recuerdo una cicatriz bastante grande.

A causa de aquellos fracasos, decidió hacerse con un revólver, pensando que por fin podría quitarse la vida. Pero, como ya sabía el coronel, también aquel proyecto había quedado a medio camino.

Kemppainen contemplaba las cicatrices. Le parecía que su amigo había demostrado una extraordinaria fuerza de voluntad en sus tentativas de quitarse la vida. Él nunca había intentado suicidarse, pero su camarada era todo un veterano, digno de respeto por sus muchos años de experiencia en el ramo.

5

A finales de la primera semana de julio, el director gerente Rellonen se pasó por la oficina central de correos de Helsinki para recoger las posibles respuestas al anuncio publicado en el periódico una semana antes. Se quedó atónito: el éxito había sido colosal y le esperaba una brazada entera de cartas. No cabían en el maletín y tuvo que echar mano de dos bolsas de plástico, que también acabaron repletas de correspondencia.

Cargó el enorme botín en su coche y condujo a toda prisa hasta su chalé de Häme. Estaba horrorizado por la enorme cantidad de respuestas. ¿Y si el coronel Kemppainen y él habían puesto en marcha una avalancha que escapaba a su control? El montón de cartas que llevaba en el maletero de su coche era como una descomunal carga explosiva, un peso horrendo con el cual no se podía bromear. Empezó a temer que se hubiesen metido en un avispero del que no saldrían solamente con unas pocas picaduras.

Ya en la casa, extendieron las cartas por el suelo de la sala de estar. Primero las contaron. Había un total de 612 envíos, de los cuales 514 eran cartas, 96 eran postales, más dos pequeños paquetes.

En primer lugar abrieron los paquetes. Uno no tenía remitente y contenía un grueso mechón de cabellos largos —de mujer, al parecer— recogidos en una coleta. El matasellos era de Oulu. El mensaje capilar era difícil de comprender, pero sin embargo les llenó de espanto. En el otro paquete había un manuscrito de unos 500 folios, cuyo título era *Un siglo de suicidios en Hailuoto*. El autor era un maestro de la escuela primaria de Pulkkila llamado Osmo Saarniaho, que se lamentaba en una carta adjunta de la despreciativa acogida de su trabajo por parte de las editoriales: ninguna se había mostrado interesada en publicarlo. Por eso

precisamente se dirigía a la dirección de la lista de correos, ya que tal vez trabajando en colaboración se podría poner tan importante manuscrito en condiciones de ser publicado, haciéndolo imprimir —corriendo ellos con los gastos, claro— y distribuyéndolo por todo el país. Calculaba que su libro produciría unos beneficios brutos de 100 000 marcos. Si no conseguía que se publicara su obra, se mataría.

—Esto hay que devolverlo, no podemos meternos a hacer de editores, ni bajo amenazas de muerte, vamos... —concluyó el coronel.

Clasificaron las cartas por provincias, según el matasellos. Se percataron de que la mayoría de los mensajes procedía de Uusimaa, Turku, Pori y Häme. También Savo y Carelia estaban bien representadas, pero de las provincias de Oulu y Laponia solo había un puñado. Para Rellonen esto era la prueba de que el periódico capitalino no se distribuía por allí con tanta eficacia como por los otros frentes. Tampoco es que hubiera una participación muy abundante de Ostrobotnia, lo cual tal vez indicara que allí no se cometían tantos suicidios como en el resto del país. Una vez más, se confirmaba el carácter excepcional de la gente de aquella región, ya que en el medio rural la autodestrucción, en cualquiera de sus formas, era interpretada como una traición a la comunidad y criticada con suma dureza.

Leyeron unas cuantas postales y abrieron alguna carta. Los mensajes rezumaban desesperación. Aquellos seres, vivos pero poseídos por el afán de destruirse, escribían con una caligrafía irregular, sin prestar atención alguna a los detalles gramaticales, como llevados por una fuerza maníaca, y todos sin excepción dirigían un grito de socorro al destinatario: ¿era cierto que no estaban solos en aquellos momentos de angustia? ¿Era eso cierto? ¿Podía alguien, aunque fuese un desconocido, ayudarles?

El mundo de los que así escribían se había derrumbado. Estaban anímicamente rotos y la angustia de algunos de ellos era tan atroz, que hasta los ojos del curtido coronel se humedecieron.

Se habían aferrado al mensaje de salvación como un náufrago lo haría a una tabla, si alguien se la ofreciese.

Era inútil ponerse a contestar personalmente a cada una de las cartas. Ya solo el hecho de abrirlas y leerlas les parecía un esfuerzo sobrehumano.

Tras hojear unas cincuenta, estaban tan cansados que ya no daban más de sí, así que se fueron a nadar.

—Si ahora nos tirásemos al lago para ahogarnos, dejaríamos a más de seiscientas personas a su suerte. Podrían matarse. Moralmente seríamos responsables de sus muertes —filosofaba el director al borde del embarcadero.

—Bueno, sí... ahora no sirve de mucho suicidarse, justo cuando nos hemos echado sobre las espaldas a un batallón de pobres diablos —admitió el coronel.

—Un auténtico batallón de suicidas —añadió Rellonen.

Por la mañana fueron en coche a la papelería más cercana, que estaba en Sysmä, y compraron material de oficina: seis carpetas, una perforadora, una grapadora, un abrecartas, una pequeña máquina de escribir eléctrica, así como 612 sobres y dos resmas de papel. Compraron también 612 sellos en la oficina de correos. De paso, le enviaron de vuelta al profesor Saarniaho su opúsculo *Un siglo de suicidios en Hailuoto*, adjuntando una carta en la cual le animaban a abandonar su idea de matarse y a presentar su manuscrito ante la Asociación para la Salud Mental de Finlandia u otra institución semejante, donde tal vez apreciaran mejor el valor científico de su obra.

Rellonen fue al supermercado mientras el coronel se abastecía en la licorería, y luego volvieron al lago Humalajärvi.

Ya no había tiempo de ir a la sauna ni de andar pescando. El director gerente echó mano del abrecartas mientras Kemppainen hacía de escribano. Tomó nota de todos los datos personales de los remitentes, nombres y direcciones, y le adjudicó un número de registro a cada uno. Esta tarea les llevó dos días. Cuando terminaron, los dos hombres se dieron cuenta de que no les

quedaba otro remedio que estudiar más a fondo la avalancha de correspondencia. Poner orden estaba bien pero solo era el principio.

Los dos amigos se daban cuenta de que las cartas exigían un tratamiento urgente. Urgentísimo. En sus manos tenían las vidas de más de seiscientos finlandeses. Era necesario reaccionar con rapidez, pero al ser solo dos aquello les llevaría demasiado tiempo.

—Necesitamos una secretaria —suspiró Rellonen bien entrada la noche, cuando ya tenían todas las cartas abiertas y catalogadas.

—Pues a ver de dónde vamos a sacar una secretaria en pleno verano... —dijo preocupado el coronel.

A Onni Rellonen se le ocurrió que tal vez entre aquel grupo de suicidas en potencia encontrasen a alguien de la profesión. O al menos a personas capaces de ayudarles a deshacer aquel embrollo. Así que, con esa idea en mente, se pusieron a investigar entre los remitentes. Lo mejor sería buscar ayuda por los alrededores; examinaron, pues, el fajo de cartas procedente de la región de Häme. Rellonen se leyó quince y el coronel revisó otras veinte.

Algunos granjeros de Hauho, Sysmä y alrededores se habían puesto en contacto con ellos, pero ambos convinieron en que la agricultura no predisponía para el trabajo de oficina. Pronto dieron con algo mejor: tres maestros de escuela, una solterona de los alrededores de Forssa y, finalmente, ¡bingo!, una secretaria profesional de Humppila llamada Kukka-Maaria Ovaskainen, jubilada del departamento de exportación de la empresa Kemira, y una jefa de estudios de un instituto de educación de adultos de Toijala llamada Helena Puusaari, de treinta y cinco años, la cual se dedicaba asimismo a dar clases de correspondencia comercial. Ambas mujeres se sentían decepcionadas con su vida y pensaban seriamente en suicidarse. Además, habían proporcionado sus direcciones y números de teléfono con toda confianza, para que se dispusiese de ellos con total libertad.

Era ya tarde, pero dado lo urgente del asunto decidieron ponerse en contacto con aquellas competentes mujeres. Primero llamaron a

Humppila, pero nadie contestó al teléfono.

—Mira que si se ha matado ya... —se dijo Rellonen en voz alta.

Tampoco Helena Puusaari, la jefa de estudios de Toijala, se encontraba en ese momento en casa, pero la grabación de su contestador automático les rogó que dejaran un mensaje después de la señal. El coronel se presentó, habló brevemente del asunto en cuestión y se excusó por haber tenido que llamar a horas tan intempestivas, ya que era cerca de medianoche. Luego añadió que iría con un amigo a visitarla para hablarle de un asunto de gran importancia.

Kemppainen y Rellonen decidieron partir inmediatamente hacia Toijala. Se habían tomado alguna que otra copichuela aquella noche y les parecía arriesgado ponerse a conducir bajo los efectos del alcohol, pero al final pensaron que aquello no podría acarrearles ninguna consecuencia peor que la propia muerte. Así que ¡en marcha! El coronel se puso al volante y el director leyó de nuevo en voz alta la carta enviada por la jefa de estudios Helena Puusaari.

«He llegado al punto culminante de mi vida. Mi salud mental está en peligro. La mía fue una infancia segura, siempre he sido de natural alegre y he mirado hacia delante en la vida, pero estos últimos años en Toijala han hecho que todo cambiase. Mi autoestima está por los suelos. Por esta pequeña ciudad se extienden rumores de todo tipo sobre mi persona. Hace ya diez años que me divorcié y eso no es inhabitual, ni siquiera aquí. Pero tras esa experiencia no he querido —o no he podido— volver a comprometerme en una relación personal, al menos de forma duradera. Tal vez sea debido a mi natural paranoico, pero en cualquier caso ya hace años que tengo la impresión de ser perseguida sin cesar y de que alguien me vigila y toma nota de todos mis actos. Me siento prisionera de esta comunidad. Mi labor educativa, que antes me parecía tan interesante, ha comenzado a desagradarme. Me he aislado totalmente. No puedo hablar con nadie, sospecho de todo el mundo, y creo que no sin motivo. Se me tiene por una persona especialmente sensual y tal vez esto sea de

alguna manera cierto. Tengo un carácter abierto y no desdeño la amistad de nadie. Pero una y otra vez me he visto obligada a reconocer que no hay una sola persona en el mundo, al menos no en Toijala, que se muestre honesta hacia mí en justa correspondencia. Sinceramente, no puedo más. Quisiera solo dormir y no despertar nunca. Desearía que esta carta de desahogo fuese considerada como algo sumamente confidencial, ya que, de hacerse pública, mi situación empeoraría notablemente. No veo otra posibilidad que la de acabar con mis días».

Avanzaban en silencio por los caminos de Häme a través de la noche. Al cabo de un rato Rellonen observó que sería de buena educación que se disculparan por presentarse a una hora tan intempestiva, llevándole algún regalo, o como mínimo unas flores, a la jefa de estudios Puusaari. El coronel opinaba lo mismo, pero se temía que a esas horas sería difícil conseguir un ramo, pues las floristerías ya estaban cerradas. El director gerente se quedó un instante pensativo y entonces se le ocurrió que él mismo podría recoger unas cuantas junto al arcén de la carretera, ya que era el momento más florido del verano. Le pidió al coronel que parase el coche junto a algún camino que condujese al bosque. De paso, también aliviaría su vejiga.

Rellonen se perdió en la penumbra del bosque. El coronel se quedó esperándole junto al coche, fumando un cigarrillo. Empezaba a jorobarle la ocurrencia del ramito. Llamó susurrando a su amigo para que volviese al coche y del bosque le llegó la respuesta de este, que con voz aguardentosa le dijo que ya había encontrado las flores o, al menos, unas ramas verdes.

A juzgar por el ruido, el director gerente se desplazaba en paralelo a la carretera. El coronel subió al coche y avanzó poco a poco. A medio kilómetro, más o menos, hasta que lo vio de pie, en medio de la vereda. Llevaba en una mano un ramo de laureles de San Antonio con raíces y todo, y en la otra una improvisada jaula hecha de red metálica. El coronel paró el coche junto a él y vio que en la jaula había un bicho que bufaba furioso. Un perro mapache.

Rellonen estaba entusiasmadísimo y le contó que había hecho un largo camino por el bosque cogiendo flores, cuando de repente, se tropezó con una trampa. Se sobresaltó una barbaridad cuando el bicho atrapado en ella se puso a hacer ruido. Y ahí lo tenía: un perro mapache vivito y coleando. Se lo podían llevar de regalo a la jefa de estudios Puusaari, si le parecía bien al coronel...

En opinión de Kemppainen, una bestia salvaje no era precisamente un regalo muy delicado para una desconocida, y con intenciones suicidas, para colmo, así que le pidió que devolviese el bicho al lugar donde lo había encontrado.

Decepcionado, Rellonen se perdió de nuevo en el bosque. Pronto volvió para informar de que no conseguía encontrar el lugar del hallazgo. El coronel le rogó que dejase la jaula en algún otro lugar del bosque que le pareciese conveniente, pero su compañero se negó a ello. No podían estar seguros de que el cazador que había puesto la trampa la encontrase en su nuevo emplazamiento. El animal se consumiría solo en la jaula y moriría de hambre y sed.

Kemppainen tuvo que admitir que no se podía ir por ahí dejando perros mapaches a la buena de Dios. Su amigo se negó también a liberarlo, por si tenía la rabia y, en cualquier caso, porque representaba una amenaza para los nidos de los pájaros y la caza menor. Metió la jaula en el maletero del coche y fue a sentarse junto al coronel con su ramo de flores.

Entre tanta borrachera y complicación, Kemppainen estaba de bastante mala leche, así que continuaron en silencio lo que quedaba de viaje.

A las tres de la madrugada, el director Rellonen y el coronel Kemppainen estaban ya en el centro de Toijala, tocando el timbre del apartamento de la jefa de estudios Puusaari, situado en el segundo piso de un edificio de piedra de cuatro plantas. Rellonen llevaba consigo el perro mapache y las flores medio marchitas. La mujer les abrió y les rogó que entrasen.

Helena Puusaari era muy alta, pelirroja y llevaba gafas. Su rostro era de rasgos decididos, pero parecía cansada. Tenía unos andares

generosos y sin embargo femeninos, a su manera. Llevaba puesto un traje negro y zapatos de tacón. Su apariencia era tan perturbadora, que resultaba terrible pensar que una mujer tan hermosa, en una ciudad pequeña como aquella, se viese abocada al suicidio.

La jefa de estudios les pidió que dejaran la jaula del animal en el recibidor. Había preparado café y un par de bocadillos para sus visitantes y además les sirvió una copa de licor. Conversaron sobre el tema de la noche. La señora Puusaari había temido lo peor, es decir, que tras el anuncio del periódico tal vez se ocultase una pandilla de estafadores, pero en su desesperación había decidido asumir el riesgo. Y ahora que se había encontrado con los responsables —el director Rellonen y el coronel Kemppainen—, sentía que algún designio misterioso los había unido, a ellos y a sus problemas. No le extrañó mucho lo del perro mapache. Opinaba también que no se podía dejar al animal en el bosque para que se muriese.

—Yo sí que conozco a las personas, tengo experiencia. Ustedes son buena gente, de eso estoy convencida —aseguró mientras ponía en agua las flores que le habían traído.

El coronel Kemppainen explicó que habían recibido más de seiscientas cartas en respuesta a su anuncio. Tramitarlas era un trabajo que sobrepasaba las fuerzas de dos hombres, sobre todo si se tenía en cuenta que ninguno de los dos tenía experiencia en esas lides. Rellonen era el propietario de una lavandería en quiebra, y él, un coronel destituido. Le propuso a la señora Puusaari que les ayudase en la redacción de las respuestas y su envío posterior.

La jefa de estudios aceptó de inmediato. Vaciaron las copas de licor, cogieron al perro mapache y se dirigieron al coche. En el camino de regreso a la casa del lago Humala, atravesaron la aldea de Lammi. Era de madrugada y una bruma sutil flotaba sobre los campos. Rellonen se había dormido. Cuando el coche dejó atrás la iglesia, la jefa de estudios le rogó al coronel que parase. Quería bajarse un momento.

Tras salir del vehículo, Helena Puusaari se encaminó hacia el cementerio de Lammi, que se encontraba detrás de la iglesia. Vagabundó por los brumosos paseos del camposanto, se paró un buen rato junto a algunas de las viejas lápidas y contempló el cielo. Al cabo de un rato volvió al coche.

—Soy aficionada a los cementerios —le explicó al coronel—. Me relajan y me reconfortan.

Llegaron de madrugada al chalé. Rellonen se despertó y abrió el maletero del coche para sacar al perro mapache. Pero tanto el bicho como su jaula habían desaparecido. Se alarmó, creyendo que se lo había dejado olvidado en Toijala, pero el coronel lo tranquilizó, explicándole que había dejado al animal en las escaleras de la iglesia de Lammi. Seguramente alguien lo encontraría allí por la mañana y el personal contratado de la parroquia decidiría sobre su destino. La vida de la bestia estaba en las manos del Señor, sobre todo si el primero en encontrárselo era el párroco.

Cuando la jefa de estudios Puusaari vio la enorme cantidad de correo, soltó:

—Hijos de mi alma... a esto hay que darle un buen empujón. Habrá que levantarse tempranito y ponerse a ello.

La alojaron en la alcoba del desván y cuando por fin se fue a dormir, los hombres se miraron el uno al otro y dijeron:

—He aquí a una mujer de carácter.

6

A la mañana siguiente pusieron manos a la obra. El coronel Kemppainen, el director Rellonen y la jefa de estudios Puusaari decidieron familiarizarse con el contenido de las cartas leyéndolas en voz alta. Uno de ellos leería diez de un tirón, mientras los otros tomaban notas. Luego cambiarían el lector y leería otras diez, hasta que le llegara el turno al tercero. De este modo el trabajo avanzaría con ligereza y no se sentirían agotados.

Cada carta les llevaba cinco minutos. La lectura en sí era cuestión de un minuto o dos. Según lo leído conversaban con mayor o menor profundidad sobre cada caso. En una hora tuvieron tiempo de revisar una docena de cartas. Trabajaban por períodos de dos horas y de vez en cuando se tomaban una pausa de media hora. La lectura de las cartas y su análisis era un trabajo tan pesado que no podía hacerse a un ritmo más rápido.

Tras cada misiva se ocultaba una persona desesperada, y el sufrimiento no era poco. Los lectores tenían experiencia más que suficiente de ello.

Las mujeres parecían más dispuestas que los hombres a buscar ayuda para aliviar su desesperación, aunque se tratase de responder a un anuncio en el periódico. Calcularon que de los remitentes de las cartas, el sesenta y cinco por ciento eran mujeres y el resto hombres. Del sexo de algunos no estaban seguros, entre otros el de un —o una— tal Oma Laurila, que podía ser hombre o mujer. Un tal Raimo Taavitsainen se presentaba como «ama de casa» a pesar de tener nombre de varón. Pero también tenía otros problemas. Y quién no.

Una cantidad considerable, si no todos, padecía de problemas emocionales en diferentes grados. Parte de ellos daban la impresión de estar simple y llanamente locos. Muchos vivían bajo los efectos

de la psicosis y en algunos se apreciaban rasgos paranoicos, como por ejemplo una mujer de la limpieza de Lauritsala, que sostenía estar al borde del suicidio a causa del acoso al que el presidente Koivisto la tenía sometida. Dicha persecución se manifestaba de manera muy extraña: Koivisto le hacía llegar productos de limpieza venenosos por caminos complicadísimos, y solo gracias a su extrema prudencia, la víctima había conseguido evitar los envenenamientos. En los últimos meses el atrevimiento del presidente había ido a mayores, llegando incluso a no dejar en paz a la mujer ni de noche, ni de día. Los jefes de gabinete de Koivisto y sus escoltas habían viajado en secreto a Lauritsala para perjudicar a la pobre víctima de diversas maneras. Finalmente, esta había llegado a la patriótica conclusión de que la única forma de salvar a la nación era suicidándose, ya que entonces Koivisto se vería obligado a soltar su presa. La mujer creía que gracias a su sacrificio, la Unión Soviética no podría aprovechar la situación para desatar contra Finlandia una guerra nuclear, que, tal como estaban las cosas en aquel momento, podía estallar cualquier día.

Los autores de las cartas se lamentaban de sus múltiples neurosis. Los había aquejados de claros trastornos de personalidad, al igual que de enfermedades mentales que brotaban a raíz de dificultades en su vida amorosa o familiar. Entre los remitentes había algunos presidiarios desconsolados y también internos de clínicas mentales. Las dificultades en la vida laboral eran un hecho generalizado. Los estudios no avanzaban. La deprimente vejez había llegado demasiado pronto. Uno de ellos decía haber cometido el crimen perfecto antes de la guerra y no haber sido capaz de olvidarlo. Algunos se hallaban inmersos en el abismo de la religión y querían acelerar su entrada en el reino de los cielos y el encuentro con el Todopoderoso mediante el suicidio.

Muchos eran los sexualmente perturbados, homosexuales, travestidos, masoquistas, pichasbravas angustiados y ninfómanas incurables.

Había también numerosos alcohólicos crónicos, farmacodependientes y drogadictos. Un hombre que vivía en Helsinki, en la zona de Erottaja, y que trabajaba para una compañía que importaba componentes digitales, contaba que había llegado a la conclusión de que la única manera efectiva de controlar su vida era el suicidio. Otro decía que era tal su curiosidad y su interés por las cuestiones místicas, que no podía esperar hasta su muerte natural, así que iba a suicidarse para ver lo que el más allá tenía que ofrecerle.

Casi todos los remitentes tenían en común un profundo sentimiento de soledad y abandono, algo que también resultaba familiar al trío de lectores.

En los descansos iban a menudo al embarcadero para relajar los nervios y tomar un poco el sol. Rellonen preparaba los bocadillos y el coronel se ocupaba del café. En el lago Humalajärvi gritaba un colimbo ártico —un pájaro raro en el sur de Finlandia—, cuya voz sonaba como el lamento final de un suicida.

Una tarde, durante uno de los descansos, Helena Puusaari se fijó en que había una botella varada en la orilla. Montó un buen escándalo diciendo lo mucho que odiaba a los borrachos que iban por ahí tirando botellas y ensuciando con sus guarrerías la purísima naturaleza finlandesa. Y no era que ella no bebiese a veces, pero nunca se le ocurriría ir por ahí dejando botellas tiradas de aquella manera.

El coronel fue a la playa a por la botella y se la mostró a la jefa de estudios. Se trataba de un *whisky* de malta de gran calidad, un Cardhu de doce años. Quedaba un resto que bien daba aún para unos cinco tragos y se los tomaron. Animados por la bebida, los dos hombres le revelaron el secreto del lago. Tal vez el nombre evocador que llevaba desde tiempos inmemoriales fuese la causa de que los habitantes de sus orillas hubiesen desarrollado costumbres tan peculiares.

Les llevó dos días estudiar la avalancha de cartas de los suicidas. Cada misiva, cada postal, fueron leídas, de todas se

discutió y de la mayoría de ellas se tomaron notas.

El material produjo una fuerte conmoción en sus lectores: la jefa de estudios Puusaari, el director Rellonen y el coronel Kemppainen estaban convencidos de ser en aquel momento los responsables de la vida de seiscientas personas. Y tal vez parte de los autores de las cartas hubiesen acabado ya con su existencia, porque desde la publicación del anuncio habían pasado ya diez días. Y en ese lapso un ser deprimido tiene tiempo para eso y para más.

La jefa de estudios hizo una llamada al Instituto de Educación de Adultos de Hämeenlinna para solicitar ayuda administrativa: había que fotocopiar seiscientas cartas y escribir el mismo número de direcciones en sus sobres. ¿Podía el instituto prestarle una máquina con tal propósito? Les dieron el permiso. Solo les quedaba escribir la circular para, acto seguido, fotocopiarla y enviársela a los suicidas a diferentes puntos de Finlandia.

Helena Puusaari estaba más acostumbrada a escribir cartas que Rellonen y Kemppainen. Redactó un consolador escrito de una página, en el cual se rogaba a los suicidas en potencia que aplazasen su decisión, al menos momentáneamente. En la carta se decía que había miles de finlandeses dándole vueltas a la misma idea y que más de seiscientas personas habían contestado al anuncio del periódico. No había que tomar decisiones precipitadas tratándose de un asunto de tan vital importancia.

El coronel añadió a la carta un párrafo en el que se explicaba que un suicidio llevado a cabo de forma colectiva podría resultar en cierto modo más profesional que uno individual y chapucero, resaltando que en este campo de la vida, al igual que en todos los demás, el contingente era de vital importancia. Según el director gerente, una acción colectiva podía traerles ciertas ventajas económicas. Quiso que se mencionasen en la carta las excursiones que se podían organizar antes de pasar a mejor vida y la posibilidad de obtener descuentos de grupo en los gastos que se les ocasionasen a los herederos de los suicidas. Dieron forma a la carta

durante varias horas, hasta estar de acuerdo en que era digna de ser fotocopiada y enviada.

—Me parece que, ya puestos, deberíamos organizar un simposio para reflexionar sobre la situación de los suicidas potenciales —dijo la jefa de estudios Puusaari—. No podemos dejar a esta pobre gente a merced de una simple carta de consuelo.

El coronel se daba cuenta de que, a causa de su profesión, la jefa de estudios estaba acostumbrada a organizar seminarios o reuniones de negociación por cualquier cuestión, por muy insignificante que fuese. Ese mismo espíritu se había introducido también en el ámbito de las fuerzas armadas. En la actualidad se creaban en el ejército comités de todo tipo y se organizaban reuniones, cuyo propósito principal era que los oficiales tuvieran una buena excusa para empinar el codo en algún lugar remoto, lejos de las miradas de sus esposas. Rellonen también sabía lo que significaban los seminarios y las reuniones inútiles en el mundo de los negocios: comer bien, beber aún mejor y descansar cómodamente en los hoteles, a veces durante días enteros, y todo ello a cargo de la empresa, que deducía esos gastos de los impuestos. El Estado finlandés estaba contribuyendo en la práctica a mantener el alcoholismo y el abotargamiento de los cuadros medios y superiores de las empresas. El botín de aquellas reuniones acababa tirado en los lugares de trabajo en forma de portafolios repletos de fotocopias que nadie había abierto, ni pensaba molestarse en leer. Se derrochaba el dinero, pasaban los días y las colaboradoras mal pagadas que trabajaban para las empresas se veían obligadas a hacer horas extras hasta reventar para evitar la quiebra.

El coronel comentó en tono de broma que si alguien sabía de bancarrotas era Rellonen, todo un experto en temas de esa índole.

La jefa de estudios se indignó. Les advirtió que no era el momento de ponerse a hacer bromas estúpidas. Se trataba de la vida de seiscientos infelices y tenían que darse prisa para ayudarlos. Era necesario reunir al menos a una parte de ellos para hablar de

sus problemas y consolarse recíprocamente un poco. Había que reservar una sala de reuniones y elaborar un programa para obtener resultados prácticos.

El coronel la tranquilizó:

—No te excites, Helena, de hecho Onni y yo hemos estado hablando de eso mismo. Adjuntaremos una invitación a la circular de consuelo. ¿Creía que Helsinki sería buen lugar para sede de una gran reunión de suicidas en potencia, o habría que organizarla en algún otro lugar, ya que estaban en plena temporada estival?

Rellonen opinaba que la reunión no debía organizarse en ninguna ciudad pequeña. Pongamos por caso que tan solo un centenar de personas se reuniera en Pieksämäki: resultaría imposible mantener en secreto la naturaleza del encuentro. Finlandia era el paraíso de los cotillas y estaba claro que, en el asunto que les ocupaba, más valía no hacer publicidad.

La jefa de estudios sugirió como lugar de reunión un restaurante de Helsinki, situado en el barrio de Töölö, llamado Los Cantores, en cuyo sótano había una espléndida sala de reuniones. Los Cantores se había hecho popular como restaurante de alquiler y allí se organizaban tradicionalmente muchos funerales, ya que estaba cerca del cementerio de Hietaniemi y de la iglesia de Temppeliaukio.

—La verdad es que, por lo de los funerales, Los Cantores nos iría que ni pintado —concluyó el coronel Kemppainen—. Redactemos la invitación para la reunión. ¿Estamos todos de acuerdo, entonces, en que la reunión del batallón suicida se celebre el sábado de la semana que viene en el restaurante Los Cantores? Si conseguimos que la circular salga mañana mismo en el correo, los interesados tendrán tiempo de organizar el viaje a Helsinki.

Rellonen temía que la fecha fuese demasiado apretada, pero los otros rechazaron su objeción haciéndole ver que cuanto más se retrasara la reunión, mayor sería el número de desesperados que acabasen con sus vidas antes de haber podido juntarse con sus compañeros de infortunio y posibles salvadores.

Trabajaron como locos. Había que reservar el local para la reunión, hacer copias de la circular y echarla al correo lo antes posible. Cada jornada perdida podía significar la muerte de varias personas. Así es como lo veían aquellos tres sacrificados seres.